

si al mirarlos hechos unos hombreritos ó mujercitas en miniatura, ostentando en su frente, espejo clarísimo de su alma, toda la negrura de los pensamientos precoces, todo el fuego de una soberbia impetuosa, regida por maneras distinguidas y disimulada con hipócritas frases; si entonces dijéramos á gritos: ¡pobres niños! ¡con qué sarcástica sonrisa se acogería nuestra exclamación! Destinados al oro, á la ostentación, á la vanidad; rodeados de sedas y pedrería; desdenando con un gesto de inapetencia los más escogidos y costosos manjares; sin sentir el rigor del invierno (á no ser que la moda mande llevar al descubierto sus delicadas carnes, en cuyo caso nada importa que iriten de frío), sin sufrir tampoco los ardores del estío, pasado en frescos y retirados países; oyendo á su paso el saludo respetuoso de una servidumbre aduladora y comprada; encontrando las necesidades todas de su perezosa y sistemática existencia hábilmente cubiertas por mercenarias mujeres ó diminutos lacayos, ¿quién es el osado que se atreve á compadecerlos? ¡Ay!

ROSARIO DE ACCIÓN DE LA IGLESIA.

(Continuará.)

LA VELETA.

Erguida sobre el alto campanario
Y despreciando al rayo resonante,
Sensible la veleta, sigue amante
Del caprichoso viento el rumbo vario.
Ya la agita un impulso, ya el contrario
La conmueve ligera y vacilante,
Y al rudo soplo de huracán pujante
Responde con gemido funerario.
Como ella, de la vida en el camino,
Hallamos almas, que con santo anhelo
Siguiendo van nuestro fatal destino.
Dulces fuentes de amor y de consuelo,
Retratando en su fondo cristalino
La tormenta ó la luz de nuestro cielo.

México, 1885.

VICENTE RIVA PALACIO.

ESTATUA.

I
Acabó Miguel Angel su perfecta
Estatua de Moisés,
Y viendo que tan sólo le faltaba
La voz, la vida, el ser,
«Si no has de tener luz en esos ojos
Que siento que me ven,
No existas.» — exclamó desesperado —
Y al rostro hermoso le arrojó el cincel.

II
Cual la clásica estatua del romano,
Bella y sin expresión,
Eres, ¡oh! tú la que soñé perfecta,
Cegado por mi amor.
Si no he de darte sentimiento y alma,
No vuelvo á verte, no;
Ojos que nada dicen cuando miran
Nunca los miro yo.
Yo busco aquellos ojos que reflejan
En la pupila un sol;
Ojos que cuando miran, amanece
En cada corazón.
La plástica belleza que no siente,
Ni habla cuando ve,
Es una estatua cuyo beso helado
No despierta el placer.
No basta que tus formas nos revelen
La humana perfección,
¡El amor es un cielo en el que debe
Trasparentarse Dios!
Para labrar el mármol el artista
Tiene fuerza y poder;
Para labrar el alma que yo sueño
¿Quién me dará el cincel?

JUAN DE B. PEZA.

HOMENAJE

Á LA SEÑORA CONCEPCIÓN GIMENO DE FLAQUER.

Señora: vuestro nombre,
Envuelto en los fulgores del renombre,
Hasta mi hogar llegó.
Y allí, do mi familia
Siempre la paz con la virtud concilia,
Donde no hay más que amor;
Donde todo lo bueno,
Donde todo lo que es al vicio ajeno
Siempre encuentra lugar;
Allí de vos hablamos,
Allí vuestras virtudes pregonamos
En dulce intimidad.

Os conocí una tarde,
Á esa hora en que la luz apenas arde,
Al ocultarse el sol,
Y hubiera yo querido
Desde aquese momento bendecido
Probar mi admiración,
No á la mujer, Señora,
Sino á la inspiradísima escritora
Que es angel del hogar;
A la que poseyendo
Las fuerzas de un atleta, redimiendo
Al sexo débil va.

Pero fué intento vano!
¿Es acaso posible que el gusano
Llegue á acercarse al sol?
Del bardo sin historia,
Vos que tenéis á vuestros piés la gloria
¿Cómo escuchar la voz?
Os vi, y al contemplaros,
Si yo no os pude hablar al admiraros,
Si os supe querer más,
Y así, como yo os quiero,
Con un cariño fraternal, sincero,
Os aman en mi hogar.

¿Por qué? . . . porque latente
En vuestra alíxia y desolada frente
Se ve la inspiración,
Porque al que sufre y gime,
Vuestra dulce palabra que redime
Presta aliento y valor.

¿Por qué? . . . porque sois buena,
Porque tenéis el alma de fe llena,
Porque sabéis sentir;
Porque lleváis, Señora,
Encendida en la mente señadora
La luz del porvenir!

Guanajuato, Enero de 1885.

JOAQUÍN GÓMEZ CORTO.

UN SUEÑO.

COMEDIA EN UN ACTO

POR JULIO ESPINOSA.

PERSONAJES:

ARTURO.—CAROLINA.

Sala elegantemente amueblada. Puertas al fondo y laterales; á la izquierda del espectador una ventana Piano. Es de noche.

ESCENA I

ARTURO Y CAROLINA.

Al levantarse el telón, Carolina concluye de tocar un vals.

CAROLINA. [Levantándose del piano.]

Ni la música, Dios mío,
Puede calmar mis enojos.
¿Por qué si lloran mis ojos
Han de llorar su desvío?
Antes, lleno de ilusión,
Siempre alegre, satisfecho,
Venía á oír en mi pecho